Como un gitano andaluz de ojos claros,
tez curtida y nariz aguileña.
Quizás se le pegó algo por aquellos pagos,
aunque sea catalán de pura cepa.
Sabe dar sin recibir y, aún a sus años,
mantiene su figura quijotesca sobre los lomos de un caballo.
Botas de montar, traje campero, sombrero corbodés.
Le dicen...

EL GIRONÉS

Emilio Gironés Verdaguer, nacido en la calle de la Rutlla, de Girona, el 11 de junio de 1926. Hoy, para hablar de su persona, se olvidó el traje campero y viene vestido de mortal, aunque, aún así, se le nota que nació encima de un equino. ¿O no?

–Casi, casi... Mi padre era empresario de construcciones en la plaza pública de toros y yo andaba ya con caballos a los diez años.

–¿No fuiste a la escuela?

–No: siempre fui domador y tratante de ganado. Trabajé con mi padre durante la guerra y después hasta los veinte años en que me fui de casa.

–¿Por qué te fuiste?

–Había un hermano mayor al que trataban como a un señorito y a mí me hacían trabajar. Quise ser independiente.

En Barcelona está cinco meses de arriero conduciendo reatas de cuatro o cinco caballos. Más tarde comienza a ser tratante de ganado por cuenta propia y se encarga de llevar al matadero de Barcelona cien cabezas de ganado por semana.

–¿Qué tipo de ganado?

–Caballos y burros. La gente comía carne de caballo y de burro. No eran años de remilgos.

A los veintinueve años el tratante se hace empresario de una plaza de toros portátil en Amposta. Corren los años cincuenta, y la plaza de toros corre también por los pueblos de Tarragona durante la temporada taurina.

–¿Qué haces fuera de temporada?

–Continúo por las ferias comprando ganado: un burro valía en el año sesenta, treinta duros; un caballo, dos mil quinientas pesetas.

Deja Emilio el negocio taurino y se va con sus caballos en busca de nuevos aires que prometen ser más prósperos: el turismo que llega en los años sesenta. Primero fue en Comarruga (Tarragona), donde montó una hípica con Artigas. Después montó otra hípica en Canet de Mar.